[Publicado previamente en: *La Ilustración Española y Americana*, año 38, n.º 34, 15 de septiembre de 1894, págs. 158-159 y 164. Versión digital con la paginación original].
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Excmo. Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe

Juan de Dios de la Rada y Delgado (1827-1901)

[-158→]

Ha bajado al sepulcro, después de penosísima enfermedad, uno de los hombres que más hicieron en España por el verdadero progreso de las ciencias literarias, y que, al mismo tiempo, cultivaron con más acierto los diversos géneros literarios a que dedicó su privilegiada inteligencia. Don Aureliano Fernández-Guerra, nacido en Granada, el 10 de Junio de 1816, hijo de padre ilustradísimo; alumno sobresaliente, primero en el Colegio de Garriga de esta corte, y después en aquella Universidad y en el célebre seminario del Sacro Monte, donde el sabio sacerdote don Juan Cueto y Rivero le infundió el amor y entusiasmo por la Historia, la Geografía y las antigüedades, que habían de ser más tarde sus predilectos estudios; abogado distinguido; digno y celoso catedrático; poeta esclarecido, fue uno de los jóvenes entusiastas que allá por los años de 1836 iniciaron en Granada el gran movimiento literario que a tanta altura elevaron hombres tan eminentes como el ya citado padre de D. Aureliano, D. Javier de Burgos, D. Nicolás de Roda, Cañete, Paso y Delgado, mi inolvidable padre, Lafuente, Alcántara (D. Miguel), y después Valera, Tamayo y Baus, Fernández y González, Lafuente Alcántara (D. Emilio), y andando los años, pero sin solución de continuidad, Alarcón, Fernández Jiménez, Manuel del Palacio, y tantos otros, que han sabido mantener siempre enhiesta la gloriosa bandera de la cultura granadina.

Trasladado a Madrid por la inteligente iniciativa de otro de los hombres ilustres que más se distinguieron en la hermosa ciudad de la Alhambra, D. Manuel Ortiz de Zúñiga, bien pronto se dio a conocer Aureliano, como le llamaban cariñosamente sus amigos, y llegó a los más altos puestos, no sólo literarios, sino políticos y administrativos. Académico de la Historia, académico de la Española, anticuario de la primera, bibliotecario de la segunda, catedrático del doctorado en la Universidad Central, director general de Instrucción pública, senador del Reino, sólo le faltó ser ministro, y lo hubiera sido si se hubiera dedicado a la mal llamada política, que suele llevar fácilmente a tan ambicionarlo puesto. Nunca por el favor, siempre por propios merecimientos, llegó a tales y tan merecidos honores; y como Fernández-Guerra podía decir como el paladín legendario:

mis obras dirán quién soy,

vamos a presentarlas en abreviada síntesis, para que ellas mismas escriban, mejor que mi desaliñada pluma, la rápida biografía de nuestro respetado amigo. ¿Queréis conocerle como poeta lírico, y poeta de tan ricas inspiración y fantasía como de correctísima y herniosa forma? Pues leed sus poesías *La Cruz de la plaza Nueva, tradición, granadina*: *De una luz a otra*; *Romances amorosos, redondillas y madrigales*; *A mi madre ausente*; *Ingenio del hombre, imperio de la mujer*; *A la Transfiguración del Señor*; *Redondillas y romances doctrinales, cuentos y epigramas*; *La inspiración desdeñosa y esquiva*; *La pluma de acero*; *La vida y la muerte*; *Fray Vicente y Fray Martín*, y veréis con cuánta, razón le colman de merecidas alabanzas ingenios tan insignes y críticos tan eminentes como Ventura de la Vega, Cañete y Baralt.

¿Queréis conocerle como poeta dramático? Pues leed sus dramas *La Peña de los Enamorados*, exuberante de fantasía y de sentimiento; *La Hija de Cervantes*, cuyo primero y último acto son dignos de las mayores alabanzas, notándose en toda la obra el particular esmero que puso en que el autor del *Quijote* hablase, al aparecer en escena, como hablaba al escribir sus obras imperecederas: *Alonso Cano o la Torre del Oro*, en que el autor dramático aparece en toda su plenitud; lo mismo que en la *Ricahembra*, escrita en unión del gran dramaturgo español Sr. Tamayo y Baus, obras todas representadas con general aplauso en los teatros de Granada y Madrid por los primeros actores de la época en que se dieron al público.

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Fernández-Guerra era poeta, y poeta de los escogidos entre los buenos; y si no es éste el principal título con que pasa a la posteridad, es porque habiendo emprendido otros derroteros, en los que alcanzó repetidos triunfos de la descontentadiza crítica europea, que aplaudió sin reservas y con verdadero entusiasmo sus trabajos de investigaciones históricas, la fama de estos triunfos vino a eclipsar los primeros. Flores aquéllas de su juventud en el árbol fecundísimo de su vida, dejaron pronto espacio para los abundantes y sazonados frutos de su talento, su investigación, su crítica y su profundo saber.

Todavía, y como transición entre aquellas obras de su fecunda fantasía y las que habían de aparecer como esculpidas por el severo cincel de su entendimiento, están las leyendas en prosa *Historia que parece cuento*; *Una, algarada y Tres ángeles en la tierra*; y después ya nos encontramos con tal abundancia de obras, con tantos trabajos, así de crítica literaria y artística, como de Historia, de Geografía y de Antigüedades, que con no haber sido corta la vida de nuestro venerado amigo, parece labor imposible para la de un solo hombre, y más teniendo en cuenta la índole penosísima de aquellos trabajos, y que aquella vida estaba casi siempre atormentada por padecimientos físicos, muchos de ellos superiores a la resistencia de la naturaleza humana.

Y es que en Fernández-Guerra el sabio, el pensador, el genio se imponía al hombre con voluntad de hierro. ¡Cuántas veces le vimos interrumpir sus trabajos agobiado por el sufrimiento, y dominarlo al fin con la fuerza poderosa de su amor al estudio y de la investigación que le preocupaba! El cuerpo es débil, nos decía, pero el espíritu es fuerte.

Necesitaríamos un número entero de LA ILUSTRACIÓN para enumerar todos los trabajos que publicó en vida y los muchos que ha dejado inéditos, y que plegue a Dios lleguen a imprimirse, bien por sus herederos, bien por las doctas Academias a que perteneció, bien por el Gobierno, que, al hacerlo, daría una gran prueba de su amor al progreso científico y literario de nuestra patria, haciéndose dignos, si tal hicieran, de unánimes alabanzas entre propios y extraños.

Lícito ha de sernos, sin embargo, dar noticia de algunos de esos numerosos trabajos, de los que cualquiera de ellos supone tal suma de investigación *propia*, tal cúmulo de conocimientos convergentes al objeto primordial del estudio, que causa verdadera admiración pudieran realizarse y poseerse por una sola inteligencia.

Como trabajos históricos sobresalen, en lo que con razón podemos llamar bibliografía de las obras de Fernández-Guerra, sus estudios sobre los *Reyes moros de Granada* (periódico intitulado «La Alhambra», Granada, Sanz, 1839, reimpreso en Barcelona por Ramírez y Rialp, en 1863): *Notas para la historia de Granada* («La Alhambra», 1841; Barcelona, 1809); *Los Abencerrajes* («El Iris», periódico granadino, imprenta de Benavides, 1863, Granada); *La Conjuración de Venecia* (Madrid, Rivadeneyra, 1856; las *Asambleas nacionales de España*; la *Historia de la «Gaceta de Madrid»* («Gaceta de Madrid», 1860); su admirable *Vida de D. Francisco de Quevedo Villegas, con el examen y juicio critico de sus «Discursos políticos satíricos, morales y festivos, ascéticos y filosóficos»*, obra de reputación universal (Madrid, Rivadeneyra, 1852-1M59); *La Orden de Calatrava* (Madrid, Dorregaray, 1864); *El rey D. Pedro de Castilla* (Madrid, Fortanet, 18(18); *Nerón* (Madrid, 1868); el *Libro de Santoña* (Madrid, Tello, 1872); *D. Rodrigo y la Cava* (Madrid, Aguado, 1877); *D. Juan Eugenio Hartzenbusch, su vida y sus obras* (Madrid, 1881); otros muchos estudios esparcidos en folletos y periódicos, y su *Historia de los Visigodos*, que había empezado a dar a la estampa como parte importantísima de la *Historia de España* escrita por individuos de número de la Academia de la Historia, que publica El Progreso Editorial, obra aquélla en cuya redacción le ha sorprendido la muerte, y que por fortuna esperamos termine, siguiendo sus inspiraciones, datos y juicios su digno colaborador, el reputado académico D. Eduardo Hinojosa.

De Geografía antigua española, que era, a no dudarlo su más preferente estudio, y en el que deja un vacío difícil de llenar, ha publicado trabajos tan importantes como *La Munda pompeyana* (Madrid, Rivadeneyra, 1866); *Primitivas regiones de España, guía firme para descubrir sus antiguos límites* (Madrid, Galiano, 1862): *La Ciudad de Iliturgicoli* (Madrid, Imprenta Europea, 1867, «Revista de Bellas Artes»): *Iliberri, Nativola y Garnata*, tres barrios de la ciudad ibérica que componían el *Municipio florentino iliberritano* (la misma Revista); *Regiones antiguas del Sudeste, de España*; *La contestania ciudad de Ello, cabeza de un distrito ibérico y silla*

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

episcopal visigoda; *El heracho elotano sobre la vía de Hércules, llamada después Augustea* (Madrid, Fortanet, 1875): *Las ciudades béticas de Ulisi y Sabora* (Madrid, Maroto, 1876): *La Cantabria* (Madrid, Fortanet, 1878); *Deitania y su cátedra episcopal de Beqastri* (Madrid, Fortanet, 1879): y *Fortalezas del guerrero Omar ben Hafson, hasta ahora desconocidas* («Boletín Histórico» Madrid, Aribau, 1880). Deja además inéditas: *Ptolomeo nuevo estudio sobre las poblaciones antiguas inventariadas por este geógrafo, y la verdadera correspondencia de las más de ellas con sitios conocidos*; *Idacio, verdad utilísima de los fragmentos de su libro de Geografía española con que se hilvanó la supuesta división territorial de Wamba*; *Rasis, los nombres geográficos de este libro, con las variantes de cuantos códices y manuscritos existen en España, y la correspondencia de los lugares antiguos con los modernos*; y una interesantísima serie de monografías histórico-geográficas de la España antigua, alguna de las cuales se empezó a imprimir, habiendo dejado también para ilustrar todos estos trabajos una copiosa colección de mapas delineados e ilustrados por él mismo, con una perfección que envidiaría el más experto dibujante de estos difíciles trazados.

¡Qué obra de tan gran trascendencia sería la publicación dignamente hecha de todos estos trabajos inéditos! ¡Qué verdadero monumento levantado a la sabiduría de nuestra patria en el siglo XIX! ¡Qué hermoso *fin de siglo* para España! ¡Qué legítimo título de gloria para quien lograse realizarlo!

Pero aún no hemos terminado la enumeración, siquiera sea sumarísima, de las obras del insigne académico que lloramos perdido. En epigrafía y antigüedades no podemos prescindir de mencionar la *Inscripción mozárabe de Trévelez, referente a una derrota del humeya Mahomad I en 885* (Madrid, 1862, Imprenta Europea, y en 1867 reproducida en la «Revista de Bellas Artes»): *Inscripciones cristianas y antiguos monumentos del arte cristiano español, del siglo I al X* («El Arte en España», Galiano, 1865 y 1866); *Epigrafía Romano Granadina* (Madrid, Ausart, 1867); *Carta latina al Sr. Mauricio Haupt, sabio académico de la de Ciencias de Berlín, describiéndole una tésera de bronce abierta el año 70 antes de la era vulgar, y hallada entre Niebla y Moguer, orillas de Riotinto, que acaba de adquirir el autor* («Revista de Bellas Artes», Madrid, 1867); *Inscripción de un triunviro capital a quien se erigió estatua ecuestre en Córdoba* (Madrid, Agosto de 1872, «La Ciencia Cristiana»); *Inscripción y basílica del siglo V, recién descubierta en el término de Loja. Puntos curiosos con que se relacionan de Epigrafía, Historia, y Geografía* (Madrid, Maroto, 1878, «La Ciencia Cristiana»); *Nuevos descubrimientos en Epigrafía y Antigüedades* (El mismo periódico, 1873); *Inscripción inédita del siglo I, que viene a ilustrar la memoria antiquísima de Santa Librada* (Madrid, Lezcano y Compañía, 1881, «La Ilustración Católica»): esta monografía fue escrita en 1859, lo mismo que la siguiente; *El Arco de Bará. Los pueblos Ilergetes y los Cossetanos en la provincia tarraconense* (Madrid, ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, 1870, y «La Primera colección», Vitoria, Manteli, 1873); *Antiquísimo sepulcro cristiano de Lagos, existente en el convento de Santo Domingo el Real de Toledo* («El Arte en España», Madrid, 1862); *Tres sarcófagos cristianos españoles de los siglos III, IV y V* («Monumentos Arquitectónicos de España», Madrid, Imprenta Nacional. 1868); *Monumento zaragozano del año 312, que representa la Asunción de la Virgen* (Madrid, Conesa, 1870); *Sarcófago pagano de la Colegiata de Husillos, recién traído al Museo Arqueológico Nacional* («Museo Español de Antigüedades», Madrid, Rojas, 1871); *Sarcófago cristiano de la catedral de Astorga*, hoy depositado en el Museo Arqueológico Nacional (La misma obra, Fortanet, 1875); *Una tésera celtibérica. Datos sobre las ciudades celtibéricas de Ercavica, Munda, Certima y Contrebia* («Boletín de la Academia de la Historia», Fortanet, 1868); *El Collar de oro de Mellid. Las voces torques y torces. Militares premios de egipcios, griegos y romanos* (LA ILUSTRACIÓN, 1872); *El Osculatorio de Mendoza* («La Ciencia cristiana», Madrid, Viuda de Aguado, 1877); *Tres monumentos cristianos españoles antiquísimos e inéditos* («La Ilustración Católica», Madrid, Rubiños, 1879); y una verdadera multitud de informes sobre historia, geografía y antigüedades, emitidas por encargo de la Academia de la Historia, de la que fue dignísimo anticuario, que si se publicaran reunidas formarían un grueso volumen.

No menos fecundo en trabajos de crítica literaria, merecían también coleccionarse sus artículos de crítica dramática, insertos muchos de ellos en la *Gaceta Oficial, y* firmados con el pseu-

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

dónimo de *Pipi*, *y* son dignos de las alabanzas con que fueron recibidos sus estudios sobre *La poesía, y la prosa en las composiciones dramáticas* («La Tarántula », Granada, Benavides, 1842); *Recursos poéticos de la lira pagana y del arpa cristiana* (Prólogo a las poesías de Baralt, Madrid, 1847); *Estudio y enseñanza de la lengua latina en España desde el reinado de los Reyes Católicos hasta hoy* (Madrid, 1847); *El poeta Francisco de la Torre, coetáneo de Garcilaso. Error en confundirlo con Quevedo* (Madrid, Rivadeneyra, 1857); *La Canción de las ruinas de Itálica, no es del licenciado Francisco Rioja, sino del licenciado Rodrigo Caro* (Memorias de la Academia Española, Madrid, Imprenta Nacional, 1860; *Claras y perennes fuentes de la* **[-158→159-]** *inspiración dramática* (Madrid, Rivadeneyra, 1889); *Noticia de un precioso códice de la Biblioteca Colombina, algunos datos nuevos pura ilustrar el Quijote, varios rasgos ya casi desconocidos, ya inéditos de Cervantes, Cetina, Salcedo, Chaves, y el Bachiller Engrava* (Madrid, Rivadeneyra, 1864); *La Cuna del Quijote* (Madrid, Campuzano, 1867); *Cervantes, esclavo del Santísimo Sacramento* (LA ILUSTRACIÓN, 1872. reproducido por otra publicación); *El Fuero de Avilés, e informe sobre nuevos documentas que adelantan y esclarecen la cuestión histórico-literaria del Fuero de Avilés* (Madrid, Imprenta Nacional, 1865 y 1866); *El Apólogo en la antigüedad y en la Edad Media* (Madrid, Pérez Dubrull, 1871); *Romances moriscos, su perfección y hermosura en el siglo XVI se debe a las academias granadinas* (Malrid, Tello, 1873; *Gramática, formación y leyes de los aumentativos, diminutivos y despectivos castellanos* (LA ILUSTRACIÓN, 1874): *Nuestros pensionados en Roma* (LA ILUSTRACIÓN, 1876); *Primer drama histórico de asunto nacional español que hasta ahora poseemos, representado en 1524. Obras escénicas de su autor el bachiller aragonés Bartolomé Palau* (Madrid, 1874); y otros trabajos no menos interesantes con motivo de obras de autores contemporáneos, además de un precioso estudio que tituló acertadamente *Lección poética. Primer bosquejo y posterior refundición de las celebérrimas quintillas de don Nicolás Fernández de Moratín*, cuyos originales poseía, y en cuyo trabajo demostró, con la oportuna comparación de ambas composiciones, cuánto ganan las obras del ingenio humano con una acertada corrección, que en nada empece a la espontaneidad y frescura de la primera manifestación del pensamiento.

Y con este trabajo no hacía más que responder a los que le tildaban de demasiado descontentadizo en la forma, hasta el punto de que *no se cansaba de corregir*. Quizá llegó a pecar en esto de exagerado, si pecado puede haber en extremar el amor a la perfección en las obras literarias: pero esto en nada deslucía sus trabajos, que, por el contrario, con la severa lima a que los sometía, resultaban con un aticismo y una galanura que pocos escritores contemporáneos consiguieron, pudiendo repetir aquella célebre frase del reformador de nuestro teatro:

Nadie acierta con aquella
difícil facilidad.

Tantos y tales fueron los trabajos en que empleó su laboriosa vida el eminente escritor, el profundo sabio, el inspirado poeta, cuyo nombre pasará indudablemente a la posteridad entre los que más honran a España en la presente centuria. Su envidiable reputación ya le atrajo en vida repetidas alabanzas de hombres tan doctos como el secretario de la Academia de Berlín, Haupt; los historiadores y anticuarios Mommsen y Hübner, al último de los cuales, tan generosamente como acostumbraba, abrió todos sus tesoros epigráficos; el insigne arqueólogo italiano Rossi, y otros muchos, que consideraban a Fernández-Guerra como una de las más legítimas glorias españolas.

Y si tal era el erudito, el investigador, el poeta, el hombre no desmerecía de tan altas dotes y de tan relevantes cualidades. Afable hasta el extremo, benévolo casi con exageración, animador de cuantos a él acudían buscando su consejo o su apoyo, pródigo de buenos consejos y de acertadas enseñanzas, abierto siempre su corazón a todo noble sentimiento, protector incansable de los que consideraba dignos de ello, era querido de cuantos tenían la fortuna de tratarle, y llegó hasta el fin de su vida conservando aquel hermoso corazón de niño entusiasta, que fue siempre la nota característica de su vida. Hizo mucho bien: y como sembró muchos beneficios, cosechó también muchas ingratitudes.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

[-164→]

Excmo. Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe.
Nació en Granada, el 16 de julio de 1816; † en Madrid, el 7 del corriente

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia